Esperanza Navarro Pantac

Egresada de la Facultad de Letras y Educación de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Bibliotecaria por la Escuela Nacional de Bibliotecarios. Fundadora de la Biblioteca del Instituto de Estudios Histórico-Marítimos del Perú. Integra la planta editorial del mencionado instituto.

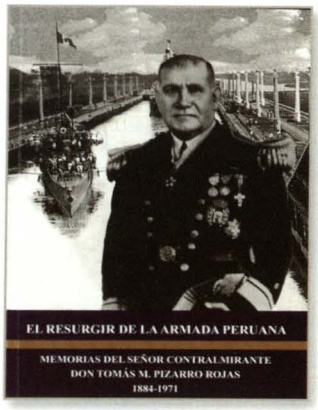


El resurgir de la Armada Peruana.

Memorias del señor contralmirante don Tomás M. Pizarro Rojas, 1884-1971.

Lima, Instituto de Estudios Histórico-Marítimos del Perú, 2017.

383 p., ilus. color; 24 cm



El libro *El resurgir de la Armada Peruana. Memorias del contralmirante Tomás M. Pizarro Rojas, 1884-1971*, que acaba de presentar el Instituto de Estudios Histórico-Marítimos del Perú el 13 de diciembre de 2016, constituye el aporte de un notable marino, quien dejó registro de lo que vivió a lo largo de su fructífera carrera naval, como testigo y aun protagonista de la evolución de la Marina peruana en los primeros 50 años del siglo XX, precisamente los de su apertura a la modernidad. Como dice el doctor Héctor López Martínez en el prólogo, Pizarro "nos lega su veraz y palpitante bitácora personal, desde su temprana incorporación a nuestra Marina de Guerra, hasta la época de su noble, fecunda y sabia ancianidad". El libro, mezcla de autobiografía y memorias, tiene el valor de la fuente de primera mano, sin influencia ni modificación, tal y como fueron en su momento. Los personajes, marinos y políticos y sus más cercanos y entrañables allegados desfilan por sus páginas, revelando la parte humana e íntima de la historia.

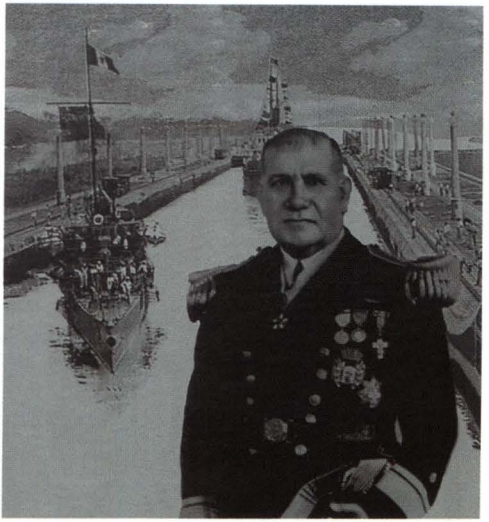
El relato de su historia personal nos dice que nace en Chachapoyas el 31 de diciembre de 1884. Hijo de Juan Pizarro y María Dolores Rojas, junto con un selecto grupo de oficiales, jóvenes peruanos que tuvieron fe en la Institución y no dudaron en postular a la carrera naval, ingresó a la Escuela Militar Preparatoria y Naval en 1899 y en marzo de 1904 se graduó como guardiamarina en la Escuela Naval, que funcionaba entonces a bordo del pontón Perú. Tenía entonces 19 años. Su promoción, por la pobreza de la escuadra tanto en unidades como en oficiales y personal en general, no tiene cómo ofrecer prácticas profesionales a sus no-



veles oficiales, así que el gobierno opta por enviarlos a marinas extranjeras amigas, como Estados Unidos, Francia, España y Argentina. A Pizarro le cupo la suerte de incorporarse a la Real Marina Española.

Retorna al Perú en 1907 y dos años después es enviado a Loreto. Toma parte en el conflicto con Colombia en 1911 al mando de la lancha *Iquitos*. Posteriormente pasa a Francia para tripular el *Comandante Aguirre* y retorna en 1915. En octubre de 1916 se casa con Sara Dávila. Fue comandante del BAP *Coronel Bolognesi* de 1917 a 1922, y de 1923 a 1924, del BAP *Almirante Grau*. En 1928 viajó a Estados Unidos como comandante de la División de Submarinos para recibir el *R-3* y el *R-4*. En 1933 fue enviado a Europa como jefe de la comisión que debía traer los destructores adquiridos en Estonia con ocasión del conflicto con Colombia. En 1934 fue jefe del Estado Mayor General de Marina y ascendió a contralmirante en 1941. Pasó al retiro en 1948 por límite de edad. Falleció en Lima el 23 de enero de 1971.

Pizarro formó parte de ese grupo de marinos peruanos que salió a hacer sus prácticas profesionales en marinas extranjeras, con la oportunidad de vivir la experiencia de la modernidad en el mundo naval del nuevo siglo. Fueron ellos los que trajeron la savia vivificante a nuestra Marina de Guerra. Entre ellos, nuestro personaje, protagonista y gestor muchas veces de los cambios modernizadores, primordiales para el renacimiento institucional.



A través de sus *Memorias* nos enteramos de cómo se crea el Ministerio de Marina, uno de los actos fundamentales del segundo Gobierno del presidente Leguía. Revela que fueron esos oficiales de Marina formados en el extranjero quienes trabajaron para conseguir la autonomía de la Marina con un ministerio propio. Relata que una comisión de cinco jefes, entre ellos el capitán de corbeta Tomás M. Pizarro, se reunían ya desde agosto de 1917 y concretaron un proyecto de ley para la creación del ministerio y para traer una misión naval que asesorase el Estado Mayor y la Escuela Naval. Presentaron el proyecto al presidente Pardo, quien lo desestimó. Más adelante conversaron con Leguía, quien al asumir la presidencia retomó el proyecto y el 8 de octubre de 1919, aniversario del combate de Angamos, presentó al Congreso la moción que autoriza al Ejecutivo para organizar el Ministerio de Marina, que es aprobada por unanimidad.





Pizarro registra también una especial misión que le cupo cumplir y que él relata con modestia, aunque se trata de una hazaña naval que sorprende a propios y extraños y de la que él es actor principal: el viaje desde Tallin, Estonia, conduciendo los recién adquiridos *destroyers Almirante Guise* y *Almirante Villar*. El problema del comando era que se trataba de buques viejos y de dudosa eficiencia para tan largo viaje. Y luego la misión inicial se complejiza cuando se le ordena un nuevo destino: el Amazonas.

El 1 de setiembre de 1933 se hace cargo de la división y apresta su partida. El principal problema es la falta de personal. Relata: "Los 56 hombres los dividí entre los dos *destroyers* a razón de 28 a cada uno, 17 para las máquinas y 11 para cubierta..., lo estrictamente necesario para la policía y el gobierno del buque... Algo espantoso... ¡Con 31 hombres de máquinas, donde debía haber 75, nos hicimos a la mar!". Durante el viaje, intempestivamente le cambian la misión: debe ir a Iquitos para apoyar en el Amazonas las fuerzas peruanas en el conflicto con Colombia. En Belém do Pará se incorporan bajo su comando el crucero *Lima* y el cazatorpedero *Teniente Rodríguez*. Pizarro cumple con éxito su misión. Son 8000 millas de recorrido. Es la primera vez que llega una escuadra marítima tan completa en aventura por el Amazonas: unidades disímiles, con muchos años de vida y, en el caso de los destructores, con instalaciones y sistemas operados por primera vez y en una larga travesía. El 5 de enero de 1934, la división entra a Iquitos que la recibe apoteósicamente.



De esto y mucho más trata el libro, con un relato ameno lleva el mensaje de vida positivo de un hombre probo, una lección de fe, amor, trabajo y cumplimiento por la institución. Su autor es un marino que por su trayectoria podemos tomar como un arquetipo del oficial naval; es por esta razón que hemos creído que las sucesivas generaciones que proceden de nuestra alma máter deben conocer la trayectoria del almirante Tomas M. Pizarro Rojas: un oficial de Marina siempre leal servidor de la Constitución y de las leyes; no le interesó la política, aunque tenía ideas muy claras sobre lo que era necesario para el bien de la Institución, razón por la cual fue admirador de Leguía, quien apoyó decisivamente a nuestra Marina de Guerra.